

ELIGE TU PROPIO APOCALIPSIS

CON KIM JONG-UN Y SUS AMIGOS



Rob Sears

ELIGE TU PROPIO
APOCALIPSIS
CON KIM JONG-UN
Y SUS AMIGOS

Rob Sears

Traducción de Roberto Falcó Miramontes

Título original: *Choose Your Own Apocalypse With Kim Jong-un & Friends*

© Rob Sears, 2019

© por las ilustraciones, Doaly, 2019

Publicado originalmente en inglés por Canongate Books

© por la traducción, Roberto Falcó Miramontes, 2020

Corrección de estilo a cargo de Clara González

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-9998-812-2

Depósito legal: B. 12.990-2020

Composición: María García

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Han pasado seis meses desde que respondiste a una oferta de empleo y empezaste a trabajar como funcionario júnior en el Departamento de Continuidad (Global) de la ONU.

Estáis en un antiguo almacén de artículos de aseo en la tercera planta del cuartel general de la ONU y la misión de tu equipo consiste en «impedir el cese definitivo de las actividades globales en todo momento» o, hablando en plata, evitar el fin del mundo.

Básicamente, sois los especialistas a los que llamarán los líderes mundiales cuando estén de mierda hasta el cuello.

Sin embargo, todo eso carece de la menor importancia en estos momentos, ya que son las cinco de la tarde de Nochebuena y te preparas para ir a casa de vacaciones. Acabas de apagar el ordenador y estás poniéndote el abrigo cuando tu jefe se deja caer por el despacho con una adolorada sonrisa en la cara.

—Acabamos de recibir un código rojo de Camelia Rosa. —Reconoces el nombre en clave del líder norcoreano Kim Jong-un—. Dice no sé qué de un cohete que ha desaparecido. ¿Te importaría pasar por Pionyang para asegurarte de que todo va bien? Ya sabes que iría yo, pero mañana tengo que encargarme de un banquete navideño. Voy a preparar un ave rellena de otra ave, rellena a su vez de otra ave. ¿Nunca lo has probado?

Lo típico. No dice ni mu en todo el mes y ahora te sale con estas. ¿Qué haces?

→ **Le dices dónde puede meterse su *matrioska* avícola. No vas a cancelar tus planes navideños por nada del mundo. Pasa a la página 27.**

→ **Entras en acción. Una explosión nuclear les arruinaría a todos las fiestas. Pasa a la página 113.**

Sales del coche y te aproximas al agujero con precaución. Los laterales tienen una gran pendiente, pero quieres ver qué ocurre con tus propios ojos, por lo que empiezas a bajar por la pared rocosa. A pesar de que eliges los puntos de apoyo para manos y pies con sumo cuidado, la tierra se desprende con facilidad, así que caes rodando los últimos metros y aterrizas sobre los restos de los todoterrenos destrozados.

Esto está muy oscuro. Intentas sacudirte la tierra y enciendes la linterna del móvil.

Te encuentras en un túnel circular, el doble de alto que tú, que se adentra en la oscuridad. Las paredes son lisas y desprenden calor, como si las hubieran excavado hace poco, y oyes un leve zumbido procedente del interior del túnel. Avanzas unos pasos, iluminando las paredes y los techos con la linterna, y lamentas no llevar ningún arma encima.

No has recorrido más de diez o quince metros cuando ves una gigantesca barrena de acero ocupando toda la circunferencia del camino. Piensas que debe de ser uno de los inventos de Amapola Azul, tal vez una especie de tuneladora.

Casi en silencio, gira hacia ti proyectando una luz roja que traza círculos en la penumbra. Tragas saliva.

Tienes la sensación de que esta máquina colosal está observándote.

—¿Hola? —dices.

No puedes reprimir la sensación de sentirte como un estúpido por intentar comunicarte con un artificio que, a buen seguro, no es más que una máquina inanimada para la excavación de minas.

Se abre una trampilla de la que surge un endeble brazo telescópico de plástico.

3

Resultaría una escena cómica de no ser porque sujeta una pistola que te apunta a la cabeza.

→ **Retrocedes en el túnel de inmediato. No tienes ni idea de a qué te enfrentas. Pasa a la página 107.**

→ **Sea lo que sea, no te hace ninguna gracia. Decides entablar un combate hombre-máquina. Pasa a la página 47.**

Al principio, Kim Jong-un murmura una serie de sonidos incomprensibles, pero, como si se sintonizase una radio antigua, empieza a narrar su pasado a la sala, que permanece en silencio.

Kim Jong-un recuerda que era el único alumno con guardaespaldas en la escuela suiza a la que asistía.

Recuerda que intentó empezar una guerra de travesuras con su mejor amigo, que no se atrevía a devolvérselas.

Recuerda el día que su padre lo nombró Gran Sucesor, aunque se emocionó más el día que vio *Space Jam*.

—Avance más en el tiempo —le pides—. ¿Recuerda un código de hace tres años?

Guarda silencio durante unos minutos y prosigue.

Recuerda la primera vez que probó el queso brie.

Recuerda que los pantalones empezaron a apretarle en la cintura, hasta que un día descubrió que se los habían cambiado todos por unos de talla más grande.

Recuerda el susto que se llevó una noche mientras consultaba el catálogo de Netflix en la única cuenta del país al ver una marioneta de su padre en la película *Team America*. «Qué gracia», pensó.

La hipnoterapeuta interrumpe para decirte que Kim Jong-un debe despertar.

—Podría ser peligroso que permaneciera más tiempo en este estado —explica.

→ **Que lo despierte. Pasa a la página 96.**

→ **Aún no ha recordado ningún código. Hay que seguir. Pasa a la página 9.**

—Tengo tantas ganas de salvar a las abejas como usted —dices avanzando con gran cautela hacia la perturbada directora del laboratorio. Quizá si te acercas lo suficiente puedas arrebatarme el detonador—. Pero hacernos volar por los aires no ayudará en nada. ¿Por qué no desactiva la bomba y abre la puerta? Así podríamos salir los dos y salvar a las abejas juntos.

—¡No se acerque! —dice.

Blande el dispositivo ante ella a modo de varita protectora..., pero al aproximarte te das cuenta de que ya lo habías visto antes. En tu llavero.

De repente, estallas en carcajadas.

—¿Va a deslumbrarme con la linterna de bolsillo? —Vas hasta la *bomba* y arrancas la cinta adhesiva y los rollos de papel—. ¿Piensa hacer volar todo esto con papel higiénico?

La mujer se encoge de hombros y se aparta.

—Me ha descubierto, pero no lo siento; era la única forma de lograr que me hiciera caso.

Es una escena triste. Te ha utilizado, se ha aprovechado de tu buena voluntad y te ha dado un buen susto..., aunque al mismo tiempo no puedes dejar de pensar en lo desesperada que debe de estar para tomarse tantas molestias. Si de verdad cree que el mundo se enfrenta a una amenaza existencial, ¿puedes culparla por adoptar una actitud tan extrema?

¿Qué quieres hacer?

→ **La ayudas a salvar las abejas. Pasa a la página 56.**

→ **Te largas en busca de un apocalipsis en condiciones. Pasa a la página 116.**

El *jumbo* de Aeroflot avanza por la pista cuando todo se va al garete. Solo necesitabas treinta segundos más para haber despegado sin problemas.

Desde el asiento no puedes ver lo que ha provocado que el avión se detenga. Entonces, aparece en tu campo de visión una horda descerebrada trepando por la aeronave. Nunca has visto nada igual. Hay cientos de ellos, tanto pasajeros como personal del aeropuerto, aferrados al tren de aterrizaje y a las alas, destrozándolo todo con la fuerza de unos fanáticos. Incluso una policía del aeropuerto está quitando los remaches del avión con sus propias uñas.

El piloto pide a los pasajeros que no cunda el pánico, pero es demasiado tarde, porque ya han arrancado la puerta y los fragmentos de acero empiezan a saltar por los aires, las turbinas se dividen en piezas y los cuerpos en pedazos de carne. Mientras tanto, en otro lugar, las organizaciones se separan en miembros, los países en regiones, las aldeas en familias enfrentadas y las posturas contrarias en extremos polarizados, tal es el poder de este horripilante meme. Es como si unos gusanos estuvieran devorando a cámara lenta el mundo humano, algo que no sentará muy bien en la oficina.

¡Uy! Quizá deberías haber pasado a la página 105 y dirigirte hacia la autopista.

Fin

7

Corres hacia la puerta lateral y llegas justo a tiempo de ver la nave Falcon 9 ascendiendo poco a poco con gran estruendo. Elon Musk y los seis Elons raros se despiden con la mano por las ventanillas. Es obvio que no creen tener muchas probabilidades de seguir con vida bajo el dominio de los nuevos señores de la Tierra y van a intentar colonizar Marte.

Esto no pinta bien.

→ **Pasa a la página 69.**

Tal vez sea un impulso que contradice toda lógica, pero algo te hace pensar que lo primero que deberías hacer es encargarte de China. Tu jefe te ha dado permiso para decidir y, llevado por la pasión del momento y el triplete que has conseguido, decides hacer caso a tu instinto. Solo esperas que te reciban con un sustancioso desastre global en ciernes para no pasar por el mal trago de decirle que tomaste la decisión equivocada.

Duermes durante casi todo el viaje y solo abres los ojos el tiempo necesario para pasar los controles de seguridad del aeropuerto de Pekín y subir al coche que han enviado para recogerte. Cuando te despiertas de nuevo, el vehículo se ha detenido, brilla el sol y ves a una mujer china con bata blanca que intenta espabilarte zarandeándote con energía. Se presenta como la profesora Wu, directora del Instituto de Conservación Ecológica.

—Por fin viene alguien —dice—. Me he cansado de mandar mensajes pidiendo ayuda. Sígame y le mostraré el laboratorio.

Te agarra del brazo con una fuerza desmesurada y te arrastra hacia un edificio enlucido de lo más anodino con flores en el tejado. Parpadeas medio aturdido y te dejas guiar.

El efecto balsámico del meme te ha abandonado tan rápido como te embargó, y lo ha sustituido una buena jaqueca.

→ **Sigues a la profesora Wu al interior. Pasa a la página 100.**

—Siga recordando —dices en voz baja.

A juzgar por el rápido movimiento de sus ojos, ves que Kim Jong-un cae en un profundo estado de trance..., tal vez hasta peligroso.

Kim Jong-un recuerda los brillantes ojos de su tío Jang Song-thaek en el preciso instante en que le cortaron la cabeza.

Recuerda las tediosas tardes botando el balón de baloncesto de su padre firmado por Michael Jordan en el Palacio del Sol.

Y, por encima de todo, recuerda lo que hizo Dinamarca... De pronto, salta de la silla y se pone a correr como un loco gritando cosas incoherentes sobre los enemigos daneses y la venganza.

La hipnoterapeuta chasca los dedos y Kim Jong-un recupera la conciencia de inmediato.

—Recuerdo el código —afirma triunfal—. Podemos desactivar el cohete. Pero antes otra cosa —dice señalándote—. Usted es un agente de los vikingos. ¡Detened al invasor!

Los guardaespaldas se miran entre sí y luego a los generales, tan confundidos como tú, pero no piensan desobedecer. Te agarran de los brazos y te llevan, a pesar de que intentas resistirte.

→ **Pero ¿qué está ocurriendo? Pasa a la página 22.**

Tienes que salir de la ciudad de la forma más rápida posible, así que te diriges al aeropuerto de Bruselas. Por el camino, te ves obligado a dar varios volantazos para esquivar a esos chiflados. A medida que dejas atrás la ciudad, disminuye el número de zombis, pero no frenas hasta llegar a la zona de salidas, donde abandonas el coche. Entrás corriendo en la terminal, que está a rebosar de gente, aunque todo el mundo mantiene una actitud normal, lo que te tranquiliza.

—¿En qué puedo ayudarlo? —te pregunta el amable hombre del mostrador de facturación.

Menos mal, parece que todo va a salir bien.

→ **Pasa a la página 6.**